

La edición, digna de esta obra maestra, contiene bellos grabados en madera. Es una de las primeras ediciones *princeps* hechas en América Latina.

MAURICIO WAGQUEZ

HERMAN BROCH. LA MORT DE VIRGILE. París, Gallimard, 1955, 3ª edición.

*Azul de acero y ligeras, agitadas por un imperceptible viento vertical, las olas del Adriático habían desfilado al encuentro de la escuadra imperial en tanto que ésta, con las colinas atenuadas de la costa de Calabria que se iban acercando lentamente a su diestra, surcaba hacia el puerto de Brundisium, y ahora, cuando la soledad soleada y empero tan fúnebre del mar cedía lugar a la alegría pacífica de la actividad humana, ahora que el oleaje dulcemente transfigurado por el acercamiento de la presencia y la morada humanas le poblaban de numerosas embarcaciones —aquellas que igualmente seguían rumbo al puerto y las que acababan de aparejar—, ahora que las barcas pesqueras acababan de abandonar, para su expedición nocturna, sus velas morenas, las suaves resacas de numerosos poblados y aldeas extendidos a lo largo de las blancas playas, el mar había llegado a hacerse casi tan liso como un espejo. Sobre el agua se abría la caracola nacarada del cielo, caía la noche y se oían los aromas de los fuegos de maderas, cada vez que los ruidos de la vida, el son de un martillo o una llamada llegaban en la brisa desde las orillas.* Así, en estos giros lentos y largos, de lentos efluvios perceptivos, va configurándose toda una cosmogonía humana de la opacidad, en la grandiosa novela de Herman Broch, publicada inicialmente en alemán —*Der Tod des Vergil*— el año 1945, y que, no obstante su majestuoso volumen en el panorama de las letras contemporáneas, sigue todavía ocupando un lugar casi desconocido del gran público lector. El párrafo dado en cursiva es traducción de las líneas iniciales de la obra, hecha a partir de la edición francesa —Gallimard, NRF, Colección Du Monde Entier, "La Mort de Virgile", tercera edición, 1955. Por esa opacidad a que aludimos se expresa en la obra de Broch un grado extremo de la así llamada lucidez que sólo por instantes —como infiltraciones a través de resquicios tan breves— a veces da el milagro revelatorio en todo lo ancho y lo largo de una obra poética, de una conciencia. Esa rara interzona de contacto. De ella, de la riquísima aprehensión del mundo y sus cosas que es la visión de un gran poeta, en el cristal de una perceptibilidad agudizada por la certeza de su pregonía muy próxima, va levantándose una obra que es como el monumento más alto escrito a la Nostalgia.

La obra, especie de autobiografía en que ocurre la identificación del novelista con el poeta, se inicia el día 19 de septiembre del 19 A. C., dos días antes de la muerte de Virgilio, a su regreso de un viaje a Grecia en que contrajo la malaria y en el que era huésped especial del César

Augusto. El puerto de llegada es Brindisi. En una litera, inmovilizado, centro del bajel que le ha destinado el César, sometido a una total postración física unida a la hiperconsciencia acentuada por el mal, se hacen visuales en esa opacidad todo el universo sensible, juntas las vivencias más próximas y diminutas a las grandes visiones. Y todo ello ya Desde Lejos, desde ese Afuera —certeza de la Muerte inminente, del término a cada segundo— que es punto de mira consubstancial a la visión. Intemporalidad como del alma del océano, mas de un océano sensible a todos los encantos y desencantos celestiales y terrenales. Así, en una gran marea vertiginosamente pausada van sucediéndose esos dos últimos días de vida del poeta.

Decepcionado por su época, en sus últimos momentos él había querido destruir el manuscrito de la Eneida. El Libro de Broch se abre en el instante en que la flota romana está entrando al puerto de Brindisi y con ello se inicia esta vasta meditación lírica en que los sueños del poeta en las proximidades de la muerte se entrelazan, en el fluir de un monólogo interior increíblemente hermoso, con las últimas conversaciones sostenidas con sus amigos. Con un misterioso niño de Andes, la provincia natal, que ha aparecido para ser su guía —el guía de los portadores de esa litera en que él se halla consumido— a través de las calles miserables de la ciudad y la muchedumbre enardecida por la llegada del César, hasta su destino en una de las alcobas del palacio imperial en que un día y una noche yacerá condenado a una pervivencia angustiosa. Tal es la primera parte o movimiento del libro —*El Agua*— de concepción podríase decir 'sinfónica'. Durante el segundo —*El Fuego*— el lector es conducido a las regiones abisales de la conciencia y a la tentación que el poeta tiene de quemar su obra, la Eneida. Con el día se alza el tercer movimiento —*La Tierra*— cuyo realismo armoniza en otra zona descriptiva: la visita de los amigos, del Emperador Augusto. En el tercero y último —*El Aire*— ocurre la agonía y final identificación del poeta.

El estilo de Broch, que es lenguaje de ritmo numeroso, obediente a las instancias dinámicas del símbolo, la idea, imagen o sensación; al dinamismo de las fuerzas o voces espirituales que van imponiéndose como seres vivos e independientes con la violencia desnuda de su afloramiento; estilo libre e imantador de sus propias leyes, reúne todas las condiciones que señalan a esta obra, más que novela de aproximadamente 500 páginas que es, como uno de los poemas mayores en la literatura del medio siglo.

Junto con todo ello, con el canto soterrado y culminante desde la semilla al fulgor externo de las cosas, en un tono sostenidamente lírico, se vierten o soslayan en la obra, en esa transparencia de la opacidad lograda, las diversas radiaciones del pensamiento permanente y los matices que lo llevan a un último nivel de contemporaneidad, verdadera suma de una gnoseología deslumbrada.

GABRIEL CARVAJAL